

AY ¿QUIÉN MANEJA MI BANKIA, QUIEN?

Que Bankia se ha convertido en un generador de noticias es una realidad. Que cada una de ellas es más intranquilizadora que la anterior, un hecho constatable. Una de las últimas es el procesamiento (o imputación, que a este paso vamos a licenciarnos todos en derecho) de los anteriores responsables de la entidad por falsear las cuentas con motivo de la salida a bolsa.

Asistimos atónitos al desfile de los responsables del último desacato por los juzgados de la Audiencia Nacional, pero la alegría inicial de que los Rato, Olivas, Blesa, Sánchez Barcoj y compañía paguen por fin por su desastrosa gestión, se convierte de inmediato en preocupación. Y es normal, el gato escaldado del agua fría huye dice el refrán. Porque si bien toda la sociedad se ha visto afectada de una u otra manera, ya que el escandaloso rescate de que fuimos objeto lo pagamos todos, y especialmente los confiados clientes víctimas de la comercialización de las preferentes y de la compra de acciones, nosotros somos parte de esa sociedad y a la vez clientes y además trabajadores.

Es esta última condición, la de trabajadores de la empresa, la que nos discrimina más negativamente respecto al resto de los afectados que, insistimos, somos toda la ciudadanía en su conjunto.

No es complicado enumerar todas y cada una de las repercusiones que la gestión de estos individuos ha tenido en nosotros. Las consecuencias del rescate supusieron un ERE que aún colea (con 4500 despedidos y a expensas de ver qué pasa con los traslados y/o despidos en los clr's que se van a cerrar). La comercialización de preferentes y demás, si bien tuvieron compensación para los clientes aunque de forma parcial, nos dejó cara de tontos al no poder ser beneficiarios, ni nosotros ni nuestros familiares, del arbitraje por, supuestamente, saber lo que teníamos entre manos. La negociación del ERE cabe suponer que estaba condicionada ya que parte de la representación sindical estaba "a sueldo" de la empresa mediante las tarjetas "black" por lo cual, digan lo que digan, su postura en la negociación puede ser calificada al menos de sospechosa.

Nos hemos convertido en una especie de chivos expiatorios de todos los males que nos acechan, y mucho nos tememos que este último capítulo, la compensación por la fraudulenta salida a bolsa, también tendrá repercusión en nuestros bolsillos. Sí, los de muchos de nosotros que, por confiados o por no haber sabido aguantar la presión a que nos sometían, compramos nosotros mismos y vendimos a familiares directos. Veremos que argumentación utilizan para justificar que debíamos tener conocimiento de que las cuentas presentadas estaban falseadas. Les

daremos una idea. Si, como dice el refrán, la cara es el espejo del alma, ¿Cómo se nos ocurrió confiar en todos estos personajes que o bien la tenían de sinvergüenza o de tonto? Precisamente nosotros que los teníamos tan cerca.

No han cambiado mucho las cosas con la nueva dirección, empeñada también en que estemos a las duras y a las más duras, cuando se empecina en que debemos recuperar el orgullo de pertenencia a la empresa. Precisamente ahora que no nos caben más estigmas en el cuerpo y que tenemos además que sufrir las iras de unos clientes que, hartos de tanto desmán, están dispuestos a que alguien pague los platos rotos. Y ya se sabe, si no puedes hacer que lo pague el capitán, empréndela con el cocinero. Nos referimos al intento de prender fuego a una oficina en Jerez afortunadamente sin víctimas. Menos mal que este hecho no tuvo lugar en Valencia que tenemos más práctica en artes pirotécnicas. Pero como idea, si este hecho se repite, los afiliados de CCOO pueden aprovechar para deshacerse de sus carnets de afiliados arrojándolos al fuego que todo lo purifica.

Si además de la pretensión de que vayamos con la cabeza bien alta, y de hacer tabla rasa como si no hubiera pasado nada, en las negociaciones pendientes del PSC se nos niega información sobre la forma en que afecta la reducción al menos a 185 individuos de la cúpula directiva, es normal que nos hayamos vuelto desconfiados y nos preguntemos, como hacía Remedios Amaya en su canción: Ay ¿quién maneja mi Bankia, quién? Que a la deriva me lleva ¿quién?.